

TERRITORIALIDAD Y PRÁCTICA ANTROPOLÓGICA: DESAFÍOS EPISTEMOLÓGICOS DE UNA ANTROPOLOGÍA MULTISITUADA/MULTILOCAL

GIMENA PERRET ^[1]

RESUMEN

En el presente trabajo será nuestro objetivo plantear algunas líneas de reflexión en torno al trabajo de campo etnográfico, sus límites y potencialidades en el marco de investigaciones en las que no resulta sencillo realizar una práctica etnográfica intensiva y situada en un territorio específico. Nos preguntamos si el trabajo de campo no adquiere así nuevas características que necesitan ser pensadas a la luz de la problemática epistemológica de la validez teórica del conocimiento producido en el marco de investigaciones *multilocales/multisituadas* en las cuales el “estar ahí” se vuelve algo difuso y difícil de lograr.

PALABRAS CLAVES: trabajo de campo, investigaciones multisituadas, implicancias epistemológicas

[1] Profesora en Cs. Antropológicas y Doctoranda en Antropología Social (FFyL-UBA). Correo electrónico: gimenaperret@hotmail.com. Ayudante de 1era (CBC-UBA) e integrante del Proyecto UBACyT “Lucha de clases en el Chile del siglo XX” dirigido por M. Lischetti, (ICA, FfyL-UBA). Parte de las ideas aquí desarrolladas fueron preliminarmente presentadas en “La ‘multilocalidad’ en el trabajo etnográfico y la validez del conocimiento antropológico”, Actas de las V Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos (Buenos Aires, IDES, agosto 2007) y discutidas también en el marco de las V Jornadas de Sociología de la UNLP y I Encuentro de Metodología de las Ciencias Sociales (La Plata, diciembre 2008). Por otra parte, algunas de las consideraciones iniciales del trabajo fueron presentadas en el marco del II Congreso Ciencias, Tecnologías y Culturas (realizado entre el 29 de octubre y el 1 de noviembre de 2010 en la Universidad de Santiago de Chile) y discutidas en el marco del Taller Permanente de Metodología e Investigación, FFyL - UBA.

Fecha de recepción: febrero de 2011. Fecha de aceptación: abril de 2011.

ABSTRACT

Our goal in this paper is to raise some thoughts regarding ethnographic field work, its limits and potentials, specifically in investigations in which an intensive ethnographic practice in a specific territory is not a task easy to achieve. We wonder if field work doesn't then acquire new characteristics that need to be redefined in light of epistemological problems, such as the theoretical validity of knowledge produced in a *multilocated* investigation, in which "being there" becomes somewhat diffuse and difficult to achieve.

KEY WORDS: field work, multilocated investigations, epistemological implications

PRESENTACIÓN

En el marco de mi tesis de doctorado estoy intentando analizar el modo en que las nuevas tecnologías de la información (Internet específicamente y las posibilidades que ofrece como el chat, e-mail, teleconferencia, producción de blogs, etc) se articulan con la experiencia de organización política de los migrantes chilenos en la Argentina.

Más puntualmente, me interesa problematizar cómo utilizan las nuevas tecnologías en función de la lucha, negociación y disputa por derechos políticos, es decir, el uso de la tecnología en el marco de procesos que responden a lo que recientemente se ha dado en llamar la *dimensión política* de los procesos migratorios contemporáneos.

Dicha dimensión refiere a procesos de organización política de los migrantes que responden no sólo a su interés por participar políticamente en el país al que se incorporan sino que responden también al interés que mantienen (aún en la distancia espacio-temporal) por participar en los acontecimientos políticos de sus países de origen (Calderón Chelius, 1999; Cueva, 2001; Lischetti, 2003).

En los últimos quince años aproximadamente, se ha comenzado a utilizar la categoría de *transnacionalismo* para hacer referencia a las prácticas de los migrantes en las que se ponen en juego múltiples territorios y pertenencias culturales y políticas, de modo tal de incorporar en el análisis del proceso migratorio, las relaciones, vínculos y prácticas que involucran tanto al país de destino como al de origen^[2]. Se intenta de este modo, realizar una ruptura con los estudios migratorios tradicionales que se mostraban indiferentes a las prácticas transnacionales de los migrantes, no porque no sucedieran, sino porque circunscribían sus análisis a los marcos estatales nacionales (Moctezuma L., 2004; Herrera, 2005; Stefoni, 2008)^[3].

[2] Los trabajos iniciales fueron los de Nina Glick Schiller, Linda Basch y Christina Szanton Blanc 1995 "From Immigrant to Transmigrant: Theorizing Transnational Migration". *Anthropological Quarterly* 68.1 pp. 48-63; Alejandro Portes 1997 *Globalization from below, the rise of transnational communities*. Princeton University, Working Paper Series, EUA, y Michael Peter Smith y Luis Eduardo Guarnizo 1999 "The locations of transnationalism". En: Michael Peter Smith y Luis Eduardo Guarnizo *Transnationalism from Below* V. 6. Comparative urban and community research. New Brunswick, Transaction Publishers.

[3] El supuesto fuerte con el que se analizaba el fenómeno migratorio, tanto desde la antropología como desde la sociología, era el que la migración de una comunidad a otra implicaba el rompimiento con la primera, que esto se iba profundizando a lo largo del tiempo, y que el establecimiento en el nuevo destino llevaba inexorablemente a una ruptura con los orígenes comunitarios de los migrantes (Moctezuma L., 2004). Teniendo esto en cuenta, no resulta casual que las causas y motivaciones de la migración, los cambios de los migrantes en la sociedad de destino (caracterizados con términos como los de aculturación y asimilación) y los impactos o efectos de la migración en los lugares de acogida, hayan sido los aspectos principales de la migración a los que se daba prioridad en el análisis.

Por otra parte, el hecho de plantear el carácter transnacional de la migración internacional puede ubicarse en el contexto más general de los intentos por especificar y analizar algunas características novedosas que presentarían los procesos migratorios contemporáneos. Es decir, por identificar la emergencia de fenómenos, dinámicas y experiencias migratorias nuevas que también interpelan los esquemas tradicionales de análisis.

Ahora bien, frente a la crítica a los enfoques tradicionales en el estudio de la migración internacional y el registro de fenómenos nuevos, no sólo resulta necesario repensar las categorías de análisis sino también las herramientas metodológicas utilizadas.

En particular, el propósito del artículo es el de presentar algunas líneas de reflexión epistemológicas y metodológicas en torno al trabajo de campo etnográfico (cada vez más utilizado en el campo de los estudios migratorios), sus límites y potencialidades en un contexto donde una práctica de investigación situada en un territorio específico y llevada adelante de forma intensiva tiende a ser cada vez más difícil (¿deseable?) de realizar.

DIFICULTADES DE LA PRÁCTICA ETNOGRÁFICA: ¿EMPLAZAMIENTO ÚNICO VS. EMPLAZAMIENTOS MÚLTIPLES?

Cuando realicé las primeras aproximaciones “al campo” me di cuenta que lo que estaba haciendo poco tenía que ver con lo que podía concebir como un trabajo de campo tradicional, esto es, en función de la problemática elegida, definir un sujeto con el que empezar a trabajar y acto seguido un dónde, es decir, un territorio o localidad al cual ir a realizar las observaciones, entrevistas, charlas, etc, de forma más o menos intensiva durante un lapso determinado de tiempo.

La problemática que me interesaba estudiar ponía en evidencia la transnacionalidad de las prácticas de los residentes chilenos en Argentina y, a partir de ello, una definición de los lugares donde poder observarlas y registrarlas: Argentina y Chile. En Argentina: ciudad de Buenos Aires, Bahía Blanca, La Plata, y otras localidades donde consideré pertinente trasladarme en función de la presencia de centros o asociaciones de residentes chilenos o en función de la realización de algún tipo de actividad como jornadas, congresos, talleres, y otro tipo de encuentros más o menos informales que se impulsaban desde los mismos centros o asociaciones en distintos puntos del país. La Embajada chilena en Buenos Aires se convirtió también en un lugar donde realizar observación participante, especialmente durante los primeros dos años del trabajo de campo dado que allí se realizaron una serie de encuentros entre la comunidad chilena residente en Argentina y representantes consulares y de gobierno chileno. Por otra parte, los lugares de encuentro para realizar las entrevistas más formales tuvieron que ser realizadas en muchas oportunidades en bares de la ciudad de Buenos Aires o de la ciudad de La Plata y en otras ocasiones en la casa de mis informantes y en mi propia casa. En Chile: especialmente en la ciudad de Santiago, en Universidades donde se realizaron diversas actividades con chilenos residentes en el exterior, en las oficinas de la Dirección para la Comunidad de Chilenos en el Exterior (DICOEX, dependiente del Ministerio de Relaciones Exteriores), en oficinas del Comité de Retornados del Exilio, también en bares de la ciudad y en los hogares de mis informantes. Además de incorporar toda la dimensión de los “lugares virtuales” en el rastreo y seguimiento de portales, foros, webs y blogs no

Por otra parte y como me hiciera notar la antropóloga Cecilia Hidalgo a partir de la lectura de una versión preliminar de este artículo, Oscar Lewis en su trabajo “Tepoztlán, un pueblo de México” publicado en 1960, planteaba el seguir las trayectorias de los tepoztlanenses hasta Ciudad de México. De modo tal que puede ser considerado como “antecedente olvidado” de la importancia que en los estudios migratorios empieza a cobrar el hecho de que el propio investigador se desplace. Digo olvidado porque, a lo sumo, las referencias en términos de antecedentes teóricos y empíricos de investigaciones en donde se pone en juego lo que hoy se denomina transnacionalidad de las prácticas de los migrantes, se suelen situar en aquellos trabajos como los iniciales de John y L. MacDonald de mediados de los años sesenta, que empiezan a hablar de “cadena migratoria” o “circuito migratorio” para mostrar los vínculos que se producen entre los lugares de origen, de tránsito y de destino en el proceso migratorio, o del trabajo de Roger Rouse (especialmente su tesis doctoral de 1989), pero que se trata de un trabajo mucho más reciente si lo comparamos con el de Lewis. Marcus (2000), por ejemplo, sitúa a Roger Rouse como uno de los primeros investigadores que intentan -aunque no de forma totalmente “consciente”- romper con la etnografía tradicional al esbozar una estrategia *multilocal* o de sitios múltiples para los estudios migratorios.

sólo producidos por ciudadanos chilenos residentes en el exterior sino también por otros colectivos de migrantes como los paraguayos, bolivianos, colombianos, peruanos y mexicanos.

La diversidad de lugares mencionados son algunos de los que fueron conformando el “campo” de mi investigación, caracterizado por el desplazamiento tanto de los actores sociales con los que trabajo como por el propio.

En términos más generales, podría decir que, con lo que me enfrenté en términos de la práctica de investigación fue con el problema o dificultad de la discontinuidad espacial, dado que los residentes chilenos en Argentina no están ni claramente circunscriptos espacialmente ni cercanos territorialmente y sus prácticas, en especial las que refieren a la organización en función de la lucha por derechos políticos, involucrando múltiples y variados emplazamientos. Entre otras cosas, esto implica, como tempranamente ya reconocían Godelier y Cresswell en un trabajo de 1976^[4], la no correspondencia entre la unidad de análisis y la ocupación de un territorio definido, lo que dificulta la fijación precisa de los límites de la comunidad y, por lo tanto, la realización de un trabajo de campo tradicional (Marcus, 2000). Considero que esta situación pone en tensión, en el caso de la antropología, la territorialidad como condición necesaria para la producción de conocimiento considerado válido y la noción de “campo” asociada a ello. En este sentido, pensar en una estrategia metodológica en la que se viera involucrada más de una localidad o territorio donde llevar adelante la práctica etnográfica me llevó a reflexionar acerca de las implicancias o consecuencias teóricas y epistemológicas de una investigación en la que el “estar ahí”, imperativo antropológico por excelencia, se volvía difícil de cumplir.

DESCOLONIZACIÓN Y MALESTAR EN LA ANTROPOLOGÍA: TERRITORIALIDAD Y PRÁCTICA ANTROPOLÓGICA

Durante la primera mitad del siglo XX parte de la especificidad de la antropología como ciencia se relaciona directamente con la experiencia del contacto directo con “otro” culturalmente distinto y -en la mayoría de los casos- geográficamente distante.

El trabajo de campo etnográfico que habilitaba ese contacto se constituyó, a partir de los trabajos de Malinowski, Boas, Radcliffe-Brown y otros, en el garante de la validez del conocimiento producido. Basta recordar los esfuerzos de estos autores por darle a la antropología el carácter de ciencia de modo tal de terminar con la “antropología conjetural” propia de los antropólogos evolucionistas. Nótese que fue el trabajo sobre el terreno la herramienta metodología defendida para ello, entre otras cosas, porque posibilitaba la observación directa y mediante ella -se creía- la objetividad de los datos.

Desde Malinowski en adelante la producción de verdad en antropología quedará íntimamente ligada a la realización de trabajo de campo etnográfico y éste, a la elección y delimitación de un área donde llevarlo adelante, es decir, de un territorio^[5].

Dado que los grupos sociales con los que trabajaba el antropólogo estaban geográficamente circunscriptos a un lugar, al antropólogo no le traía demasiados inconvenientes trazar los límites de la comunidad que iba a estudiar. En este sentido, el *dónde* no fue algo que ofreciera grandes problemas ni sobre el cual reflexionar, más allá de las alusiones que uno puede encontrar referidas a las condiciones climáticas, a las dificultades en el traslado y a cuestiones generales de la vida cotidiana del investigador en las diferentes regiones en las que se instalaba. Hoy sabemos, por otra parte, que estas referencias

[4] Ver Capítulo IV Unidades Sociales, parágrafo 5. “Unités manifestes et unités latentes”. En: Maurice Godelier y Robert Cresswell *Outils d'enquete et d'analyse anthropologiques*. Paris, Maspero. pp. 282-285.

[5] Por ello, a lo largo del trabajo utilizaremos indistintamente territorio, lugar, localidad, área o zona como aquel emplazamiento físico que el antropólogo definía para el estudio de una comunidad determinada y que se convertiría en condición sine qua non del quehacer antropológico.

ayudaron a alimentar cierta mística del trabajo de campo antropológico que le otorgó a la disciplina algunos de sus rasgos característicos.

Podemos decir que lo que se consolida en la disciplina durante la primera mitad del siglo XX es una relación directa entre territorialidad y trabajo de campo, relación en la que se legitima y valida la producción de conocimiento antropológico. El ir hacia un lugar geográficamente definido se instaló así “como la forma autorizada de estudiar antropológicamente algo” (Wright, 2005:57), que implicaba la mayor de las veces, un alejarse de la propia sociedad. De este modo, el *dónde* de la antropología se incorporó -un tanto acríticamente- al quehacer antropológico como paso necesario para conocer y producir conocimiento.

Ahora bien, teniendo en cuenta lo que hemos dicho hasta acá, me pregunto qué ocurre en el contexto de la descolonización, contexto en el que para la antropología se inicia un cambio en la propia experiencia del desplazamiento, en el sentido de que comenzará cada vez más a plantear la posibilidad y necesidad de una antropología en y de la propia sociedad del antropólogo.

Formulo esta pregunta porque cuando comencé a pensar en la territorialidad que supone el trabajo de campo y en las dificultades con las que me encontraba para delimitar una, asumí que en la producción antropológica de las décadas del 60 y 70 estaría planteada no sólo una crítica teórica de la llamada antropología clásica sino también una revisión de la metodología utilizada, es decir, del trabajo de campo y que, por lo tanto, encontraría elementos para “fundamentar” el hecho de no poder decir ni definir claramente *dónde* estaba haciendo trabajo de campo.

No hallé necesariamente lo que estaba buscando pero sí indicios que me permitieron seguir reflexionando acerca de la fuerte vinculación entre antropología y territorio.

Sabemos que en el contexto de la segunda posguerra y de los procesos de descolonización de África y Asia, la antropología desarrolla una fuerte crítica a la producción teórica realizada durante el período colonial, cuestionando entre otras cosas, la legitimidad y la validez del conocimiento generado por la disciplina en el estudio de las sociedades no occidentales^[6].

Se puede decir que la particularidad que tiene para la disciplina este contexto se debe a que con la descolonización la antropología toma “conciencia de la situación colonial” (Leclercq, 1972) y con ello, conciencia de la sobreexplotación económica y la opresión política, social y cultural a la que había estado sometido el objeto de estudio antropológico, es decir, los hombres y mujeres de las comunidades que el antropólogo estudiaba. Como plantea Menéndez, se pone en evidencia cierta paradoja: lo que los antropólogos habían hecho hasta ese momento había servido “directa, funcional o potencialmente a intereses contrarios a los de los pueblos que estudiaban” (2002: 97).

Se instala así una suerte de *malestar* en la antropología que permitió replantear el por qué y el para qué del quehacer profesional.

Si bien los antropólogos más radicales condenaban toda la producción antropológica anterior diciendo que la única solución era la de abandonar el tradicional objeto de estudio para abocarse al análisis de las contradicciones del propio sistema (Beaucage, 2005), la mayoría de los antropólogos optó por realizar una revisión crítica de los supuestos epistemológicos y teóricos con los que la antropología había abordado el estudio del mundo no occidental. La pretensión de objetividad, el supuesto de la homogeneidad cultural y social y la ahistoricidad fueron puestos en evidencia y duramente cuestionados.

[6] En términos generales se pueden identificar tres perspectivas que reflexionaron críticamente acerca de la relación entre la antropología y el colonialismo: 1) la británica, con los artículos aparecidos en la Revista “New left Review” entre 1968 y 1970, b) la estadounidense, con los artículos aparecidos en la Revista “Current Anthropology” producto de las discusiones de un simposio sobre responsabilidades sociales de la antropología de 1968, y 3) la francesa, con la publicación del libro de Leclercq *Antropología y Colonialismo* de 1972. Para un análisis más en detalle ver Mirtha Lischetti (Compiladora) 1995 *Antropología*. Buenos Aires, Eudeba.

Pero también, tomar conciencia de la situación colonial fue hacer explícitas las vinculaciones de la ciencia con la política o, para decirlo de otro modo, de la no neutralidad de la ciencia^[7].

Nos referimos a esta vinculación entre ciencia y política porque creemos también se relaciona con el cuestionamiento que se realiza en este contexto a la concepción de sujeto propia de las corrientes culturalista y funcionalista especialmente (Wieviorka, 2003). En sentido amplio, ambas corrientes suponían un sujeto pasivo, cuya acción o cuyas prácticas están fuertemente determinadas o condicionadas por la cultura o la estructura social. Hecho que redundaba, la mayor de las veces, en etnografías en las que poco se podía conocer de lo que el “otro” pensaba o sentía de sí mismo y de su vida, de sus propias reflexiones e interpretaciones acerca de sus acciones o comportamientos.

A partir de esta crítica, se reorientará la mirada y aquellos aspectos de lo social a los que darle prioridad: “la descripción de los significados que los actores dan a sus actos y a los actos de los otros... describir la experiencia de los actores tal como es vivida por ellos” (Menéndez, 2002: 320), es decir, hacer lo que la antropología no había hecho en el marco de la situación colonial: hacer inteligible la experiencia de cotidianidad de las personas, comprender el sentido de sus prácticas, sus puntos de vista y los motivos de su acción.

Se produce así, una suerte de reivindicación del rol del sujeto, de pensar un sujeto que no sólo reproduce su cultura sino que también la constituye.

Propongo a modo de hipótesis lo siguiente. En la medida que se reivindica una concepción de sujeto diferente, que se intenta romper con una descripción de la realidad independiente de sus representaciones y prácticas, se produce un refuerzo de la territorialidad (o de una territorialidad localizada) en la investigación antropológica.

Considero que esto se debe fundamentalmente a dos tipos de hechos. Por un lado, como consecuencia de plantear -contrariamente a lo que la antropología había venido haciendo- la necesidad de un compromiso político y social del antropólogo con la realidad social estudiada. Y, por el otro, al pasar del estudio de sociedades distantes cultural y geográficamente al estudio de/en la propia sociedad del investigador, la antropología se encuentra ante la necesidad de justificar la extrapolación del método etnográfico y la legitimidad de sus resultados.

Buscar aquello que “más se asemeje a los ámbitos tradicionales de estudio” (Latour, 1993: 149) formó parte importante de ese intento de legitimación y, de algún modo, redundó en la reproducción de la “pequeña comunidad nativa” en la propia sociedad del antropólogo, reforzando así la práctica etnográfica tradicional^[8].

En función de lo planteado hasta aquí es que me pregunto por las condiciones de la investigación antropológica y del trabajo de campo actuales y por los elementos con los que contamos para la reflexión metodológica cuando el objeto de estudio definido no puede ser investigado etnográficamente permaneciendo centrados en una sola localidad intensamente investigada (Marcus, 2000), siendo que en gran medida, consideramos que la delimitación clara y precisa de un territorio sigue formando parte importante de los requisitos que validan la producción de conocimiento antropológico.

[7] Esto que para nosotros hoy puede sonar evidente comienza a perfilarse con mayor claridad hacia la década del 60 y, en términos generales, vinculado a un movimiento mayor en el campo de las ciencias sociales de crítica al positivismo lógico.

[8] Mirado desde otro ángulo, también nos podríamos preguntar si lo que en este período se constituye no es un nuevo modo de “ligazón entre la teoría y la práctica” en el que el antropólogo se relaciona de un modo específico con un *saber local*. Ver Michel Foucault 1995 “Verdad y Poder”. En: *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Buenos Aires, Alianza. pp. 128 a 145.

REFLEXIONES FINALES: LA ANTROPOLOGÍA POSMODERNA Y LA POSIBILIDAD DE REPENSAR CRÍTICAMENTE LA PRÁCTICA ANTROPOLÓGICA

A propósito de las preguntas planteadas, resultó estimulante para nosotros notar que es la llamada corriente posmoderna en antropología la que desde los inicios de la década del 80 toma como objeto de reflexión la dimensión metodológica.

Si bien conocemos y compartimos muchas de las críticas de la que fue (y es) objeto dicha corriente, considero que ello no tiene que opacar u ocultar el hecho que ofrece elementos para pensar la experiencia etnográfica sin temor a herir o cuestionar el sentido de la propia práctica profesional.

Partimos de una “denuncia” que realizan: el trabajo de campo de tipo etnográfico, central a la identidad intelectual y profesional de la antropología, permanece todavía en la actualidad sin examinarse, es decir, no se ha llegado aún a revisiones profundas de su *modus operandi* (Comaroff, 1992). De ello derivan que el *lugar*, el *dónde* de la etnografía, se ha naturalizado y pasado a formar parte del sentido común del quehacer antropológico, y por lo tanto, dejado de lado como problema metodológico (Gupta y Ferguson, 1997).

Al respecto, se proponen explorar la noción de *campo*, asociada al *dónde* o al *emplazamiento* de la práctica etnográfica, sus supuestos epistemológicos, sus alcances y sus limitaciones, aún a riesgo de quitarle parte de su “mística” (Marcus, 2001). Reconocen que tal vez hoy más que nunca esto sea necesario dado que la etnografía se enfrenta al desafío que supone una herramienta metodológica que muestra su posible no adecuación frente al contexto sociocultural contemporáneo (Marcus y Fischer, 1986; Appadurai, 1996). Es decir, entre los problemas que se originan en un mundo móvil, cambiante y globalizado y una herramienta metodológica como el trabajo de campo especialmente construida para el análisis de sociedades a pequeña escala y espacialmente circunscriptas a un territorio específico^[9].

No estamos diciendo con esto que tengamos que abandonar el trabajo de campo, por el contrario, consideramos que deberíamos situarnos frente a la necesidad de plantear cómo o en qué sentido deberíamos reformularlo, es decir, pensar qué estrategias epistemológicas y metodológicas desarrollar para desfetichizar la noción de “campo” tan cara a la ciencia antropológica.

La *etnografía multilocal* o *multisituada* -como “metodología emergente” en los dichos de George Marcus- reconoce la “heterogeneidad de espacialidades” (Wright, 2005) y/o la “pluralidad de lugares” en los que se ve (o debería verse) involucrada nuestra práctica etnográfica.

[9] Una aclaración: A lo largo del artículo hemos utilizado los términos trabajo de campo, etnografía y práctica etnográfica como sinónimos. Lo hacemos así en la medida que los entendemos en tanto métodos de investigación disponibles para el estudio de lo social, en los que reconocemos como ejercicio distintivo la observación de las actividades cotidianas, el intento por interpretar y comprender la perspectiva de la gente estudiada, como también el interés por la participación en el mundo social de los sujetos con los que trabajamos. Pero también, porque a los efectos de lo que hemos tratado de desarrollar a lo largo del trabajo, reducimos los términos trabajo de campo, etnografía y práctica etnográfica al medio, instrumento o momento a través del cual la antropología obtiene información y construye sus datos. Considerarlos en ese sentido como sinónimos nos permite entender la prioridad dada a la definición de un lugar desde el cual hacerlo. Sin embargo, resulta necesario destacar que es una reducción la que estamos efectuando ya que la noción de campo, de etnografía o de práctica etnográfica supone otras dimensiones además de la que corresponden a la obtención de información y la definición de un lugar, localidad o emplazamiento. Teniendo en cuenta esto último, la etnografía implica una serie de operaciones desde la obtención de la información hasta la producción de un texto escrito en donde las diversas técnicas (la “observación participante”, las “entrevistas”, las “historias de vida”, etc) se articulan a partir de una teoría antropológica de la cultura o sociedad (Velasco y Diaz de Rada, 1997). Así, podemos hacer la distinción entre trabajo de campo y etnografía en el sentido de que el primero no se agota en el segundo, es decir, que no son homologables (aún sabiendo que el trabajo de campo constituye un elemento fundamental que hace posible la etnografía). Asimismo, cabría introducir que la noción de “campo” a la que hemos aludido y que en alguna medida hemos reducido también a la definición del emplazamiento, lugar o territorio donde hacer trabajo de campo, etnografía o desplegar la práctica etnográfica, es más que un espacio físico o geográfico dado que es una conjunción entre éste, actores y actividades, es un recorte que el investigador hace de “lo real” que no es dado en forma natural sino que es construido “activamente en la relación entre el investigador y los informantes” (Guber, 2005) y en función de los intereses, objetivos y propósitos de la investigación.

Valoramos que este reconocimiento le ha permitido explicitar la influencia de los procesos de descolonización sobre la reconfiguración de la experiencia del desplazamiento antropológico, de la distancia y de los lugares donde hacer antropología. En definitiva, una puesta en cuestión de lo que decíamos al comienzo del artículo: cada vez resulta más difícil seguir pensando la diversidad humana como inscrita en culturas cerradas o independientes (Clifford, 1998). De este modo, “desafía las prácticas de antaño de localizar la(s) cultura(s) en lugar(es)” (Marcus, 2000: 7)^[10].

Pero, a su vez, a nosotros nos da la posibilidad de reflexionar (y discutir) -y de esto es de lo que se ha tratado en gran parte este trabajo- acerca de la fuerte asociación entre la delimitación clara y precisa de un territorio, la práctica etnográfica y la producción de conocimiento considerado válido. Asociación que en la antropología tendió cada vez más hacia una “peligrosa” identificación de la antropología con su método o a reducirla a un ejercicio de “intersubjetividad” (Comaroff, 1992).

Como decíamos antes, el desafío no está en diluir el trabajo de campo ni dejar de poner atención en las prácticas y sentidos de los sujetos, en lo cotidiano, en el conocimiento cara a cara de personas, comunidades o grupos (Marcus, 2000), sino discutir las implicancias epistemológicas, políticas y sociológicas (en términos de teoría social) que supone una estrategia metodológica en la que resulta necesaria involucrar más de una localidad, territorio o lugar desde los que llevar adelante el proceso de investigación^[11].

Dicho de otra manera, discutir las herramientas metodológicas de la antropología no es sólo discutir técnicas de obtención de datos sino que es también -y como creo se desprende de algunas preguntas que hemos planteado- discutir qué noción de verdad, de sujeto y de sociedad subyacen o están implícitas en las metodologías que utilizamos.

BIBLIOGRAFÍA

HAMMERSLEY, Martyn y ATKINSON, Paul 1994 *Etnografía*. Barcelona, Paidós.

APPADURAI, Arjun 1996 *LA modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Minneapolis, University of Minnesota Press.

BEAUCAGE, Pierre 2005 “*La antropología crítica y la cuestión indígena en Nicaragua (1980-1990) y Chiapas (1994-2004) (o ¿pueden existir varias antropologías críticas?)*”. *Actas del Primer Congreso Latinoamericano de Antropología*, Universidad Nacional de Rosario. pp. 1 a 20.

CALDERÓN CHELIUS, Leticia 1999 “Ciudadanos inconformes. Nuevas formas de representación política en el marco de la experiencia migratoria: el caso de los migrantes mejicanos”. *Revista de la Frontera Norte*, Vol. 11, No 21, pp. 117 a 146.

CLIFFORD, James 1997 *Routes: Travel and Translation in the Late Twentieth Century*. Cambridge, Harvard University Press.

CLIFFORD, James 1998 *Sobre la autoridad etnográfica*. En: Carlos Reynoso (compilador): *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa. Cuarta Edición. pp. 141 a 170.

COMAROFF, John y Jean 1992 *La etnografía y la imaginación histórica*. Boulder, Westview Press.

[10] Sabemos que esto fue de algún modo “denunciado” por Eric Wolf en su ya clásico trabajo *Europa y la gente sin historia* (original en inglés de 1982), en el que quedaba planteado el problema epistemológico (y político) de que para dar cuenta de “lo real” había que poder evidenciar/etnografiar las conexiones, relaciones y vínculos. En esta línea de problematización nos interesa mencionar los trabajos de Stuart Hall (1992), James Clifford (1997) y Arjun Appadurai (1996) que incorporan para el estudio de los procesos migratorios contemporáneos la riqueza del concepto de diáspora en conjunto con otros como los de transnacionalismo, desterritorialización y globalización.

[11] Para un análisis más en detalle de las problemáticas metodológicas que se ponen en juego en una “etnografía multilocal” ver George Marcus 2001 “Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal”. *Revista Alteridades*, 11 (22). pp. 111 a 127.

CRESSWELL, Robert y GODELIER, Maurice 1976 *Outils d'enquete et d'analyse anthropologiques*. Paris, Maspero.

CUEVA, Daniel 2001 *Desterrados: Nacionalidades, ideas, prácticas. Militantes políticos chilenos en los Barrios del Conurbano Bonaerense*. Tesis de Licenciatura. Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

■ FERGUSON, James y GUPTA, Akhil 1997 "The field as site, method, and location in anthropology". En: Akhil Gupta y James Ferguson (editores): *Anthropological Locations. Boundaries and grounds of a Field Science*. Berkeley, University of California Press. pp. 1 a 46.

FOUCAULT, Michel 1995 "Verdad y Poder". En: *Michel Foucault: Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Buenos Aires, Alianza Editorial. pp. 128 a 145.

GUBER, Rosana 2005 *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires, Paidós.

HERRERA, Gioconda, CARRILLO, María Cristina y TORRES, Alicia (compiladoras) 2005 *La migración ecuatoriana. Transnacionalismo, redes e identidades*. Ecuador, FLACSO

MARCUS, George y FISCHER, Michael 2000 *La antropología como crítica cultural. Un momento experimental en las ciencias humanas*. Buenos Aires, Amorrortu.

MARCUS, George 2001 "Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilo-cal". *Revista Alteridades*, 11 (22). pp. 111 a 127.

MENÉNDEZ, Eduardo 2002 *La parte negada de la cultura*. Barcelona, Ed. Bellaterra.

MOCTEZUMA L., Miguel 2004 "La experiencia política binacional de los zacatecanos residentes en Estados Unidos". En: Raúl Delgado Wise y Margarita Fabela (Coordinadores): *Nuevas tendencias y desafíos de la migración internacional*. México, Miguel Angel Porrúa.

LATOUR, Bruno 1993 *Nunca hemos sido modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Madrid, Debate.

LISCHETTI, Mirtha 1995 *Manual Antropología*. Buenos Aires, Eudeba.

LISCHETTI, Mirtha 2003 *Desafíos para la integración regional. Chilenos en Argentina. Una perspectiva antropológica*. Buenos Aires, Editorial Antropología.

PERRET, Gimena 2007 "Ni brujos ni geómetras, crisantemos y espadas: buscando tonalidades... Una aproximación a la antropología simbólica de Clifford Geertz". En: Carlos Enrique Berbeglia (compilador): *El correlato teórico de la antropología*. Buenos Aires, Proyecto Editorial. pp. 139 a 147.

REYNOSO, Carlos (comp.) 1998 *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa. Cuarta Edición.

STEFONI, Carolina 2008 "Gastronomía Peruana en las calles de Santiago y la construcción de espacios sociales transnacionales y territorios". En: Susana Novick (comp) *Las migraciones e América Latina. Políticas, culturas y estrategias*, Buenos Aires, Catálogos-CLACSO. pp. 211 a 228.

VELASCO, Honorio y DÍAZ DE RADA, Ángel 1997 *La lógica de la investigación etnográfica*. Madrid, Editorial Trotta.

WIEVIORKA, Michel 2003 "¿Hacia dónde van las ciencias sociales? En: *Desacatos*, No 12. pp. 115 a 129.

WRIGHT, Pablo 2005 "Cuerpos y espacios plurales. Sobre la razón espacial de la práctica antropológica". *Revista Indiana*, 22. pp. 55 a 74.